

LA INVESTIGACIÓN DE LA COMUNICACIÓN:
¿HACIA LA POST-DISCIPLINARIEDAD EN
CIENCIAS SOCIALES?

Raúl Fuentes Navarro *

En todos —o casi todos— los ámbitos académicos y científicos se ha vuelto un auténtico lugar común hablar de "crisis", y más específicamente de "crisis de paradigmas". En las ciencias sociales (tradicionalmente la sociología, la antropología, la economía y la ciencia política), este tema ha sido obsesivamente analizado y discutido en la última década, lo cual no es sorprendente dada la *reflexividad* del conocimiento en estas ciencias y, en cierto sentido, su carácter dudosamente *paradigmático*.

La reflexividad propia de las ciencias sociales sobre la construcción y circulación social del conocimiento —científico o no— en general, no requiere aquí mayor explicitación. Baste con referir a la "dualidad epistemológica" de Piaget (1972: 170-171), la "doble hermenéutica" de Giddens (1984) o "el conocimiento del conocimiento" de Morin (1981), por mencionar sólo a tres autores ampliamente conocidos. La transformación crítica de los sistemas científicos, en compleja interrelación con la transformación del mundo sociocultural, es condición *constitutiva* y no contingente de la ciencia social. En todo caso, es objeto de un debate en que no se ubica el presente ensayo.

Lo mismo puede decirse del carácter paradigmático o no de las ciencias sociales. En la opción positiva, es claro que se trataría de "paradigmas" en un sentido analógico, no literal, en relación con la propuesta kuhniana (1970), y que su "crisis" podría ser tanto la que llevara a una "rearticulación" como la que desembocara en una "revolución". En la opción extrema, se trataría de la ruptura del "progreso" acumulativo del conocimiento con base

* ITESO/División de Ciencias del Hombre y del Hábitat/Departamento de Comunicación.

en paradigmas, simultánea o sucesivamente adoptados por una "comunidad de practicantes", lo cual puede ser muy bien el caso.

Estas dos dimensiones del debate contemporáneo sobre la crisis de las ciencias sociales, sin ser en sí objeto de análisis, son premisas fundamentales en este ensayo, cuyo propósito es argumentar que la investigación de la comunicación muestra algunas tendencias que permiten sostener la hipótesis de una actividad científica de producción de conocimiento sobre la realidad sociocultural *al margen de las adscripciones disciplinarias* que se han definido desde el siglo XIX, movimiento que puede interpretarse como un principio emergente de la práctica de las ciencias sociales del Siglo XXI.

Lo menos que puede esperarse de una "hipótesis" o "conjetura" como esta es un mínimo de plausibilidad, o cierto poder heurístico, lo cual exige tanto alguna elaboración conceptual como, sobre todo, la exposición de la mayor cantidad posible de información concreta, pertinentemente organizada. Lo que sigue es un intento de articulación de conceptos y datos, que pretende suscitar discusión en ese sentido.

LAS DISCIPLINAS Y LA INVESTIGACIÓN INSTITUCIONALIZADA

Entre los sociólogos de la ciencia durante los últimos veinte años se ha extendido como prioridad la tarea de explicar la articulación entre los factores intelectuales y sociales en la producción de conocimiento. Por ejemplo, para los editores de *Perspectives on the Emergence of Scientific Disciplines*, una obra clásica sobre el tema,

La relación entre procesos intelectuales y sociales queda mejor iluminada si abordamos el papel del establecimiento institucional de la ciencia. Las instituciones son procesos sociales que han alcanzado un grado considerable de permanencia y de legitimidad percibida. La ciencia se institucionaliza en las universidades bajo la forma de actividades de enseñanza y de investigación. La estructura organizacional del sistema universitario adquiere sus propios peso y dinámica, por ejemplo, por la separación social entre disciplinas sobre bases intelectuales, por la formalización de los procedimientos para el reclutamiento y la asignación de recursos, por su dependencia con respecto a autoridades estatales o consejos privados, etc. En consecuencia, aunque la estructura del mundo académico puede llegar a ser un obstáculo para la innovación científica, a veces es posible que los científicos usen la dinámica social del sistema

universitario para obtener apoyo y aceptación a nuevos proyectos intelectuales (Lemaine *et al.* eds., 1976: 17).

Se considera, así, que la institucionalización comprende dos planos o procesos paralelos, ninguno de los cuales puede ser ignorado y que se desarrollan en estrecha vinculación mutua: por una parte la *institucionalización cognoscitiva* que consiste en compartir, los académicos de un campo, un enfoque común de los objetivos, metas y métodos específicos de ese campo, y por otra parte, la *Institucionalización social*, cuyo análisis se centra en las relaciones establecidas entre los agentes académicos y la sociedad a través de diversas instancias y agencias. A su vez, la relación entre estos dos planos de la institucionalización define la especificidad de la producción académica en un proceso continuo de *especialización*. La interrelación compleja entre *sujetos y estructuras institucionales*, por una parte, y entre *prácticas sociales y conocimientos producidos*, por la otra, es de cualquier manera la trama fundamental de este tipo de estudios, pues como los mismos autores señalan:

La estructura y función de las disciplinas no sólo revelan características sociales esenciales de la actividad científica y sus mecanismos de comunicación, reconocimiento y recompensa; también abren acceso a los rasgos cognoscitivos que distinguen un dominio de otro. De muchas maneras, su estudio ha dado impulso a la comprensión del desarrollo científico y a la consideración de las circunstancias sociales y económicas que pueden haber influido en el grado y sentido de ese desarrollo (*ibid*: ix).

Estos planteamientos, y los múltiples estudios que se han derivado de ellos, tienden a considerar la *especialidad*, y su respectiva "comunidad científica" o "colegio invisible", como las unidades de análisis del desarrollo del conocimiento institucionalizado, que se considera "producido" (Mendelsohn, 1977), "construido" (Latour y Woolgar, 1979), "manufacturado" (Knorr-Cetina, 1981) o "fabricado" (Chalmers, 1990) por equipos de científicos *profesionales*, es decir, formalmente entrenados y dedicados de tiempo completo a esta actividad.

Para las ciencias sociales, especialmente las practicadas en América Latina, este modelo "moderno" o de "*Big Science*" (Price, 1963), no es del todo apropiado. En un ensayo ya viejo pero que conserva mucha actualidad,

Jorge Graciarena advierte que apenas hacia fines del siglo pasado comenzó en Europa el proceso "que transformó profundamente el sentido original de las ciencias sociales", proceso por el que "éstas fueron incorporadas a las universidades y se convirtieron en dos cosas vinculadas: en disciplinas académicas, por un lado; en profesiones liberales o burocráticas, por el otro" (1979: 100).

En rigor, las ciencias sociales fueron el resultado de la sedimentación de tradiciones y desarrollos intelectuales muy antiguos, que tienen troncos comunes, pero que siguieron vías separadas. Las disciplinas se formaron de otra manera... corresponden a la etapa de la institucionalización de las ciencias sociales, que se realiza en condiciones que implicaron presiones diversas y compromisos con requerimientos burocráticos, de currícula, personales y sociales (*ibid*: 102).

Otro analista de las ciencias sociales latinoamericanas, Heinz R. Sonntag, observa más recientemente que, "obviamente, el proceso de institucionalización de las ciencias sociales (y en especial de la investigación) en América Latina ha sido complejo y difícil", puesto que es generalmente aceptada la hipótesis de que "el desarrollo de las ciencias sociales sistemáticas, en teoría e investigación empírica, acompaña al proceso de modernización capitalista de las sociedades" (1988: 69). Y como, evidentemente, las condiciones del desarrollo del capitalismo en América Latina no corresponden a las de los países "industrializados", es necesario matizar todo análisis sobre las disciplinas socioculturales con la consideración de que los modelos de ciencia, de academia y de profesión universitaria importados a nuestros países se ubican, de entrada, en posiciones estructurales más *contradictorias e inconsistentes* aún que en sus lugares de origen. Es precisamente sobre la ambivalencia de la institucionalización de la investigación de la comunicación como disciplina académica, tanto en los Estados Unidos como en América Latina, donde se sustenta la hipótesis aquí planteada, pues el caso se ajusta plenamente a lo postulado por Graciarena:

Una derivación secundaria que tiene la conversión de las ciencias sociales en disciplinas académicas es su tendencia a especializarse y dividirse continuamente. Esto es, en un sentido, consecuencia de su incorporación a los currícula de las carreras académicas, la cual produce una segmentación que es a menudo arbitraria y está guiada por razones no intelectuales, principalmente burocrá-

ticas o pedagógicas. Proliferan así las disciplinas especiales que se tratan de convertir en ciencias autónomas y que tienen éxito en algunos casos, pues primero ganan el reconocimiento de las instancias académicas y, después, el del público. En otro sentido, se nota una tendencia de las ciencias sociales tradicionales a segregarse y apartarse unas de otras, la cual se manifiesta principalmente en la incomunicación que se produce entre ellas. Pasan a ser algo semejante a compartimientos estancos, con un vocabulario particular, generalmente hermético (no público, lo más diferente posible del lenguaje común y del de las otras ciencias sociales), y con un territorio intelectual particular, que se define como objeto propio y cuyos límites se intentan trazar meticulosamente para evitar la intrusión de las otras ciencias sociales (Graciarena, 1979: 102).

No es esta la oportunidad para juzgar hasta qué punto la institucionalización de la sociología, la antropología, la economía, la ciencia política o de otras ciencias sociales en México o América Latina incluyen factores como éstos en sus autopercibidas "crisis". Se trata, simplemente, de documentar brevemente la trayectoria al respecto de la investigación de la comunicación, que en algún sentido tiende a escapar de ese patrón, debido a su *desarticulación académica* con respecto a la formación profesional.

LA COMUNICACIÓN: CARRERA UNIVERSITARIA, PROFESIÓN Y CAMPO ACADÉMICO

Según estadísticas de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES), la licenciatura en Ciencias de la Comunicación alcanzó en 1991 el décimo lugar entre las más pobladas en México. De los más de 900 mil estudiantes de ese nivel en todo el país, las carreras de Contador Público y Derecho absorbieron cada una más de 100 mil alumnos; Administración casi alcanzó esa suma; la carrera de Médico Cirujano, a pesar de haber disminuído su matrícula con respecto a 1985, se mantuvo en cuarto lugar con más de 55 mil estudiantes, seguida de Ingeniería Industrial, Eléctrica-Electrónica y Mécanica Eléctrica, con entre 40 y 50 mil alumnos cada una; tanto Arquitectura como Ingeniería Civil rebasaron los 35 mil estudiantes y Ciencias de la Comunicación se convirtió por primera vez en una de las diez carreras universitarias más demandadas, con 26,393 estudiantes inscritos (Gago, 1992).

El Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC) considera para el mismo 1991 una cifra ligeramente superior: 27,319 estudiantes, inscritos en 70 instituciones, 76% de las cuales son privadas y 24% restante públicas. Sin embargo, 55% de la matrícula total corresponde a las universidades públicas, aunque sólo 37% de los 2,568 profesores reportados en total. En conjunto, las instituciones públicas y privadas asentadas en el Valle de México concentran 51% de la población estudiantil y 45% de los docentes (CONEICC, 1991). Probablemente estas cifras sean evidencia suficiente para considerar relevantes las discusiones sobre el desarrollo académico en una área particular, de implantación relativamente reciente en México, cuya dinámica de crecimiento a partir de los años ochenta parece ser motivo más de preocupación que de satisfacción para muchos de sus testigos y protagonistas.

En uno de los trabajos más lúcidos producidos en México sobre el tema, el sociólogo boliviano Mauricio Antezana abordó los dos aspectos que, al intersectarse, devienen en "la errátil circunstancia de las Ciencias de la Comunicación": la problemática general del *objeto académico* y la cuestión de la *realidad social* de la comunicación:

Como producto de la Revolución Industrial, y más directamente de las primera y segunda guerras mundiales, la comunicación social se desarrolla siempre en dos planos que a momentos se alejan tanto entre sí al extremo de pugnar por constituir realidades distintas, razón por la que por el concepto se connotan dos significados: el de factor-operador de la transmisión de ideas (técnicas) y el de reflexión teórica acerca del hecho comunicacional (*¿ciencia?*) (Antezana, 1982).

La distinción entre la "comunicación-operador" y la "comunicación-fenómeno" sirve a Antezana para explicar cómo, históricamente, el objeto de estudio académico se constituyó alrededor de la profesión periodística y cómo se rompió el proyecto original de "formar periodistas" en el plano simplemente técnico:

Como se trataba de la optimización informativa, así como surgían ideas para conseguirla, se perfilaron los primeros cuestionamientos al contenido de la información. Y entonces apareció, como un virus que agredía a la breve sedimentación justificatoria del objeto académico-periodístico de las escuelas, la problemática del fenómeno de la comunicación social. Fue cuando se

recuperó e incorporó a esta área del conocimiento un concepto casi totalmente ignorado: el de ideología, con el que se desmitificó la supuesta neutralidad informativa, se demostró la presencia de intereses en el manejo de la información. Estas son las razones por las que las universidades tuvieron que dedicarse a atender y resolver esta inédita realidad que violentaba al mundo periodístico (*ibid*).

La tradicional escisión "teoría-práctica" en las escuelas de comunicación, comúnmente asociada a la oposición entre la formación de "comunicólogos" y la de "comunicadores", tiene para Antezana su origen en la propia naturaleza de la comunicación, que al mismo tiempo se presenta como objeto de *manipulación técnica* ("artístico-ingenieril") y de *reflexión sociológica*, tendencias que entran en pugna al interior de las instituciones académicas, bajo las circunstancias concretas de la "*sobredeterminación socioprofesional*":

Como en pocas especialidades, en la de la comunicación se percibe con mucha claridad la decisiva influencia que tiene la demanda social del trabajo en el diseño de los planes y programas de estudio. Parecería que la relativa autonomía de que gozan otros compartimentos del saber en la definición de sus estrategias desaparece casi por completo en las "ciencias de la comunicación". Por dos caminos se realiza esta pérdida progresiva de autonomía: por la exigencia positiva de un tipo de profesional de parte del medio y por pasiva, o sea, por la no ponderación de los profesionales que efectivamente forma la academia.

Esta pérdida de autonomía, cuando se da por el segundo camino, resulta en un "desajuste" entre la academia y la "realidad" y es la resultante lógica y obligada de la doble naturaleza de la materialidad comunicacional. Es decir, en ese caso, no es porque la academia no logra determinar con claridad las tendencias del "perfil profesional demandado" que se presenta esta no correspondencia, sino porque las tendencias concretas de la demanda social del trabajo no corresponden a los "perfiles académicos deseados" es que se presenta el disloque. Y esto se debe, como no puede ser de otra manera, a las oscilaciones que se dan en la institución comunicacional, es decir, a las cambiantes relaciones de fuerza que se dan entre los contenidos fundamentales de la materialidad comunicacional (fenómeno-operador) (*ibid*).

Aunque algunas de las expresiones utilizadas por Antezana oscurecen el planteamiento y ciertas apreciaciones suyas podrían ser discutidas, resulta muy estimulante la idea básica de un *campo académico* de la comunicación que "oscila" entre dos líneas esenciales de desarrollo, que provienen de la

propia naturaleza social de su objeto y que por tanto dependen de las "cambiantes relaciones de fuerza" en la "institución comunicacional". La dinámica a explicar, la constitución del objeto académico de la comunicación, se ubica así al interior de la universidad, pero los factores que lo determinan, deben considerarse en indisoluble vinculación con las contradicciones socioculturales que al mismo tiempo son su referente central, especialmente las institucionalizadas profesionalmente.

Con apoyo más explícito en la teoría de los campos simbólicos de Pierre Bourdieu, Guillermo Orozco ha aportado recientemente "pistas" conceptuales muy fecundas para la explicación y la consecuente reorientación de estos procesos de asimilación-acomodación entre los currícula y las prácticas sociales de comunicación en México. A diferencia de Antezana, que parece considerar sólo la actualización de esta historia en la UNAM, Orozco presta mayor atención al "modelo humanista" de la carrera, instituido en 1960 en la Universidad Iberoamericana, que detallaremos más adelante.

Orozco aborda la conformación del "*campo educativo de la comunicación*" a partir del concepto de "práctica educativa: conjunto de acciones realizadas sistemáticamente por un sujeto individual o colectivo, más o menos con el mismo fin y articuladas en una forma distintiva". Por "campo educativo", entonces, puede entenderse

un conjunto de prácticas interrelacionadas entre sí de acuerdo a la función que cumplen en la división del trabajo de producción, reproducción y difusión del *conocimiento*, entendido ampliamente como un conjunto de saberes y habilidades. La premisa implícita de esta comprensión es que esos saberes y habilidades son "objetivables" y (...) traducibles a planes de estudio concretos a través de los cuales se pueden enseñar y así reproducir.

De acuerdo con esta comprensión, es posible diferenciar entre los "saberes prácticos", esto es, saberes que se han aprendido pero no se han enseñado, y aquéllos que debido a su objetivación pueden enseñarse. Esto explica el por qué de las prácticas de comunicación que ya se realizaban regularmente (y se seguirán realizando) sólo algunas de ellas o sólo en ciertas formas se van acompañando de una pedagogía explícita para ser enseñadas formalmente en un salón de clases (Orozco, 1990).

Mediante esta conceptualización puede analizarse el origen de los contenidos curriculares vigentes, que no refieren a un sólo "perfil profesional" sino a un conjunto no siempre claramente definido de prácticas profe-

sionales, y que por ende permiten analizar las vinculaciones construidas universitariamente con cierto tipo de intereses sociales, en el proceso de la "sobredeterminación socioprofesional":

El caso de la enseñanza y las prácticas profesionales de la comunicación constituye un ejemplo muy nítido para observar la conformación de un campo educativo. (...) La creación de facultades de comunicación muestra simplemente la objetivación de ciertos saberes y conocimientos que constituyan las prácticas de comunicación que ya existían y su traducción a un plan de estudios específico.

Sin embargo, y este es un punto esencial, la conformación del campo educativo de la comunicación se realizó a partir de legitimar sólo ciertas prácticas profesionales. En su mayoría fueron aquéllas que eran funcionales al desarrollo capitalista de los modernos medios masivos de comunicación. Por tanto eran prácticas profesionales que interesaban principalmente a los grupos que controlaban esos medios. Prácticas que deberían posibilitar su expansión y consolidación como empresas económicas y no sólo como instituciones culturales.

En este contexto, la proliferación de escuelas de comunicación y la diversificación creciente de énfasis y planes de estudio indica que hay una continua selección de saberes y habilidades, que según las determinaciones axiológicas tanto de los sectores sociales que auspician la conformación del campo educativo como de las diferentes universidades que los realizan, son juzgados como los más importantes para la realización de las prácticas profesionales de la comunicación (*ibid*).

Orozco utiliza el planteamiento para oponer "la perspectiva dominante hasta ahora en la definición del campo educativo de la comunicación", la subordinación de la formación a los requerimientos del mercado de trabajo en los medios masivos principalmente (prensa, radio, televisión), al reconocimiento y aprovechamiento del margen de *autonomía relativa* de la universidad para determinar de otra manera el campo educativo.

Así, la universidad tiene cierta capacidad de conformar el campo educativo de la comunicación a partir de la "objetivación" de los saberes y habilidades imbuídos en prácticas de comunicación distintas a las requeridas para los medios y tecnologías de información o para satisfacer los requerimientos comunicativos de los sectores de la clase dominante. La universidad puede dirigir su atención a las prácticas de comunicación de otros sectores sociales

para conocerlas y luego traducirlas a prácticas educativas que permitan otro tipo de formación de profesionales de la comunicación (*ibid*).

Las relaciones, entonces, entre los currícula que actualizan un campo educativo y el desarrollo de las prácticas que constituyen el campo y el mercado profesional, son complejas y variables, y requieren de análisis que no reduzcan la formación universitaria a la reproducción de los modelos profesionales ni el ejercicio concreto de éstos a las representaciones que con fines académicos se pueden elaborar de ellos. De ahí la necesidad de revisar la *dimensión disciplinaria* de los estudios de comunicación, es decir, la articulación pedagógica de saberes y habilidades "objetivados" y "prácticos" de los que los sujetos deben apropiarse para constituirse en profesionales.

En México y América Latina, han predominado sucesivamente tres *modelos fundacionales* para la formación de comunicadores, que de diversas maneras articulan en el curriculum los saberes "recortados" como pertinentes en función de diversos perfiles y determinaciones socioprofesionales. Cada uno de estos modelos, a su vez, ha configurado de distintas maneras el núcleo operante de la comunicación como *disciplina académica*, sin que, no obstante, ninguno de ellos haya logrado la consistencia suficiente para legitimarse ni profesional ni universitariamente. De hecho, puede considerarse que en la actualidad los planes de estudio responden más a una yuxtaposición de elementos de cada uno de los tres modelos, con énfasis diversos, sin una articulación claramente definida ni cognoscitiva ni socialmente (Fuentes, 1992a).

El más antiguo de los tres modelos, el de la *formación de periodistas*, es también el más fuertemente arraigado en las escuelas, aún en aquellas que fueron fundadas ya como escuelas de comunicación y no como de periodismo, que las antecedieron. Puede decirse que, más de cincuenta años después del mítico origen latinoamericano de las escuelas de periodismo en La Plata, Argentina, en la mayor parte de las instituciones, el objeto de estudio y su abordaje tanto en la enseñanza como en la investigación universitarias, están primariamente compuestos por representaciones -quizá cada vez más refinadas y por ello cada vez más exclusivas- de las prácticas periodísticas. Tres de los elementos constitutivos de este modelo son la prioridad de la habilitación técnico-profesional, el relativo ajuste a las demandas del mercado laboral y el propósito de la incidencia político-social a través de la "opinión

pública". Este modelo fue inspirado originariamente por el célebre periodista norteamericano Joseph Pulitzer e impulsado por el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo (luego, Comunicación) para América Latina (CIESPAL) desde su sede en Quito (Nixon, 1974). En él la investigación se identifica con la indagación periodística y las ciencias sociales no son más que parte del "acervo de cultura general" que todo periodista requiere.

El segundo modelo, fundado en 1960 en la Universidad Iberoamericana, es el que concibe al *comunicador como intelectual*, desde una perspectiva humanística. El proyecto académico de "Ciencias de la Comunicación" (llamada por algún tiempo Ciencias y Técnicas de la Información), trazado por el jesuita José Sánchez Villaseñor, buscaba la formación de "un hombre capaz de pensar por sí mismo, enraizado en su época, que gracias al dominio de las técnicas de difusión pone su saber y su mensaje al servicio de los más altos valores de la comunidad humana". La diferencia con las carreras de periodismo se planteó claramente desde el principio: el énfasis estaría puesto en la "solidez intelectual" proporcionada por las humanidades, ante la cual la habilitación técnica estaría subordinada, pero de tal manera que garantizara la capacidad para acceder, a través de los medios, a la transformación de la dinámica socio-cultural conforme a marcos axiológicos bien definidos. Por ahí, al mismo tiempo, la carrera planteaba también la diferencia con otras, clasificadas bajo el rubro "ciencias sociales y humanidades", como filosofía y letras, historia, sociología o antropología, que aunque tuvieran equivalentes contenidos de formación intelectual, no ofrecían campo de desarrollo profesional más allá de la docencia y la investigación. Esta carrera prometía, en cambio, el amplísimo horizonte sociocultural que parecían abrir los medios electrónicos.

Un tercer modelo de carrera se originó en los setenta, el del "comunicólogo" como *científico social*. Aunque no en todos los casos, sí en la mayoría de los diseños curriculares que adoptaron este modelo se sobrecargó la enseñanza de "teoría crítica", es decir, de materialismo histórico, economía política y otros contenidos "marxistas" y se abandonó prácticamente la formación y la habilitación profesional. Más allá de algunos casos notables de desarrollo de este modelo, llevado a su extremo más radical en unas cuantas universidades durante una época relativamente corta, hay un conjunto de rasgos muy generalizados asociados a él. Uno es el "teoricismo" y

su reacción inmediata: el "practicismo", es decir, la oposición maniquea entre la teoría —que llegó a ser reducida a unos cuantos dogmas religiosamente consagrados— y la práctica —que a su vez se llegó a reducir a la reproducción de algunos estereotipos de los medios masivos—. La formación universitaria del estudiante de comunicación se llegó a plantear, si acaso, como una opción básica entre estas dos reducciones, obviamente irreconciliables. Otra de las consecuencias asociadas a este modelo fue, paradójicamente, la desvinculación entre las prácticas universitarias y la "reproducción" de la comunidad de investigadores. Los productos de la investigación latinoamericana, concentrados entre la segunda mitad de los setenta y la primera de los ochenta en el imperialismo cultural, las políticas nacionales de comunicación, el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, la comunicación alternativa y el impacto de las nuevas tecnologías, fueron, en algunos casos, incorporados a los contenidos "teóricos" y por ende, desvinculados de la acción profesional y del desarrollo de las más elementales competencias metodológicas.

El campo académico de la comunicación en México y América Latina, entonces, se caracteriza por una "*desarticulación múltiple*" (Luna, 1991), cuyas consecuencias pueden resumirse, muy apretadamente, en tres cuestiones: primera, que la *investigación* ha recorrido ciertos trayectos que casi nunca se han intersectado con los caminados por la *docencia*, y por ende tanto el conocimiento producido como el proceso de su producción difícilmente se han integrado en la formación de los comunicadores universitarios. Segunda, que el conocimiento —teórico y especialmente el metodológico— desarrollado dentro y fuera de América Latina, no ha sido suficientemente confrontado en la *práctica social* por los profesionales de la comunicación, ni las profesiones han sido capaces de confrontarse con el conocimiento académico, sobre todo con el más estrictamente crítico. Ambas relaciones deberían cruzar el espacio de las escuelas de comunicación y no parecen hacerlo. En su lugar, si acaso, circulan las descalificaciones mutuas y las pugnas ideológicas, reforzando la escisión "teoría-práctica". Tercera, que la búsqueda de *legitimación académica* de la comunicación como disciplina autónoma, aislándola institucional y operacionalmente de las ciencias sociales (y de las naturales, y de las artes y de todo lo demás), ha llevado al efecto contrario: a la pérdida del impulso en la consolidación de su especificidad disciplinaria y al reforzamiento de la tendencia a reducir el estudio univer-

sitario de la comunicación a la reproducción de ciertos oficios profesionales relativamente establecidos.

LA INVESTIGACIÓN DE LA COMUNICACIÓN: "FERMENTO" DE OBJETOS Y MÉTODOS

Por su parte, la comunicación como campo de investigación tiene a su vez una historia larga de inestabilidad disciplinaria, acumulada desde su origen y aún no resuelta. Como un ejemplo ilustrativo, el número de verano de 1983 del *Journal of Communication* 33 (3) estuvo dedicado, bajo el título "*Ferment in the Field*" (fermento en el campo), a explorar las implicaciones y proponer respuestas a una serie de "cuestiones sobre el papel de los académicos e investigadores de la comunicación, y de la disciplina en su conjunto, en la sociedad". La importancia de la revista en la comunidad internacional de estudiosos de la comunicación y el interés que suscitó la convocatoria de los editores para abordar este tema, generó un conjunto de 35 ensayos para el número y una polémica que continuó en los años subsiguientes, sin llegar realmente a agotarse. Al cumplirse diez años de esta edición, el *Journal of Communication* (1993) dedicó, ahora, 48 artículos en dos números especiales a la polémica sobre "*The Future of the Field*" (el futuro del campo).

De hecho, la recurrencia del debate auto-reflexivo parece ser una característica esencial del campo de estudio de la comunicación, al menos en los Estados Unidos, donde se institucionalizó primero y más sólidamente que en cualquier otra parte del mundo. Es clásico (y referencia constante en *Ferment in the Field*), el debate que suscitó un breve artículo de Bernard Berelson ("*The State of Communication Research*") publicado en el número de primavera de 1959 del *Public Opinion Quarterly* 23 (1), en que anunció que el campo se estaba "marchitando". El debate comenzó de inmediato: en el mismo número de la revista, Wilbur Schramm comentó que "el cadáver parecía extraordinariamente vivo", David Riesman resaltó la creatividad de algunas investigaciones entonces recientes y Raymond Bauer interpretó las palabras de Berelson más bien como un "desbordamiento de fronteras".

En el debate de 1959, así como en el de 1983, la distinción establecida en los cuarenta por Paul Lazarsfeld entre la investigación "administrativa" y la "investigación crítica" fue un eje organizador muy socorrido. Habría que recordar que tal distinción tenía por objeto *relacionar* la investigación

orientada a la construcción de sistemas "técnicamente superiores" por la llamada corriente dominante, representada por el propio Lazarsfeld, con los aportes de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, en la persona de Theodor Adorno, a quien Lazarsfeld asignó la tarea de "explicar las cuestiones cruciales". Ambos trabajaron juntos a finales de los treinta en la Oficina de Investigación de Radio en Princeton, donde Adorno fue director musical y Lazarsfeld director general, antes de partir cada uno a las universidades donde realizarían sus respectivas obras mayores; el primero a Berkeley y luego de regreso a Frankfurt, mientras el segundo se dirigía a Columbia, sede del célebre *Buró* de Ciencia Social Aplicada.

No deja de ser interesante que los términos de Lazarsfeld se hayan convertido en la fórmula de una "oposición de paradigmas" para el estudio de la comunicación, y como tal, en una clave de interpretación de la crisis o "fermento" del campo en los ochenta. Entre otros, un artículo de Melody y Mansell en *Ferment in the Field* aborda directamente esta clave:

Las más profundas fuentes de fermento en el campo de la comunicación se encuentran en los vínculos o alineamientos de la teoría y la investigación con factores políticos y económicos. Para el investigador llamado empírico o administrativo, se excluyen del análisis los asuntos relacionados con la estructura de las instituciones económicas y políticas (y a veces de las instituciones sociales y culturales también), la centralización del poder, las características de las relaciones dominante/dependiente y los incentivos de los intereses parciales. Las premisas de la investigación crítica contradicen y desafían los fundamentos de la tradición administrativa, al poner en cuestión y enfocar los esfuerzos de investigación sobre los cambios en las relaciones asimétricas políticas y económicas —y al concluir que éstas son precondiciones del cambio significativo—. (Melody y Mansell, 1983: 104-105).

Melody y Mansell adoptan como base de su argumentación la "incomensurabilidad de los paradigmas" de Kuhn (1970) y la oposición epistemológica empirismo/racionalismo, para explicar, por factores extracientíficos, la divergencia:

Las distinciones fundamentales no radican en el ámbito abstracto de la teoría y la metodología. Radican en la selección pragmática de los problemas del mundo real y el uso subsecuente de técnicas de investigación para conducir el análisis. La base real de la dicotomía entre las tradiciones crítica y administra-

tiva radica en el alineamiento de los investigadores al status quo contra los cambios en las relaciones institucionalizadas de poder económico y político. Una trayectoria que no lleve a un debate interminable sobre dicotomías irreconciliables comienza con el supuesto de que toda teoría e investigación en ciencias sociales incluye tanto elementos objetivos como subjetivos. Estos elementos se aparean a través del proceso dinámico de la actividad de la investigación que se mueve en una relación dialéctica entre la teoría y la práctica. De manera que las diferencias entre las tradiciones de investigación existen. Están vinculadas con los objetivos económicos, políticos y sociales que permean la práctica de investigación. No son meras disputas teóricas que puedan resolverse por medio del debate académico (Melody & Mansell, 1983: 109-110).

Esta cita ilustra cómo una divergencia que generó amplias polémicas discursivas, académicas y políticas entre grupos de investigadores mexicanos y latinoamericanos en los años setenta, tenía raíces *disciplinarias*, que al "cruzarse" con los patrones ideológicos de la dependencia y el "subdesarrollo", y con los "objetivos económicos, políticos y sociales" de la investigación en nuestros países, generó una oposición maniquea que obstaculizó el desarrollo metodológico del campo al hacer irreconciliables, por ejemplo, el *empirismo* asociado a los estudios "administrativos" o "funcionalistas" y el *compromiso* con la transformación social asociado a los análisis "críticos". Uno de los investigadores norteamericanos con mayor experiencia en la investigación de la comunicación en América Latina, Everett Rogers, llegó a plantear que la *síntesis* entre la investigación crítica y la administrativa se generaría en Latinoamérica, donde ambas corrientes estaban en una relativa "igualdad de fuerzas". En otros trabajos se ha documentado con cierto detalle esta condición de la investigación de la comunicación en México (Fuentes, 1991) y América Latina (Fuentes, 1992b), que en este ensayo no puede desarrollarse más.

En "*The Future of the Field*", así como en otras obras editadas en Norteamérica en la última década (Berger y Chaffee, 1987; Hawkins *et al.*, 1988; Dervin *et al.*, 1989; Gaunt *et al.*, 1993), se evidencia que el debate se ha desplazado, del eje "investigación administrativa/crítica" al eje "métodos cuantitativos/cualitativos" y a la eventual *integración* de las tradiciones fundantes en las ciencias sociales y las humanidades. Por diversas razones, los términos de este "nuevo" debate lo acercan mucho más que los anteriores a las preocupaciones, discusiones y aportes latinoamericanos.

Al margen de una revisión más detallada de estos debates, la ambivalencia de la *constitución disciplinaria* de la investigación de la comunicación es lo que por ahora resulta pertinente documentar, y para ello se hace necesaria una referencia más a la literatura norteamericana. En un artículo titulado, significativamente, "*Fuentes institucionales de la pobreza intelectual en la investigación de la comunicación*", John Durham Peters observaba que

Una de las cosas más sorprendentes del campo de la comunicación es la variedad y fervor de los debates desarrollados dentro de él. (...) Argumentaré que la auto-reflexión es clave en una ciencia social saludable, pero que las circunstancias en la formación del campo han generado obstáculos graves para hacerlo de una manera fructífera. Específicamente, exploraré el fracaso del campo en la definición de una manera coherente de su misión, su objeto y su relación con la sociedad (Peters, 1986: 527-528).

Peters señalaba tres principales "fuentes de la pobreza intelectual" del campo: la primera es la *institucionalización*, impulsada por Wilbur Schramm al crear los Institutos de/para la Investigación de la Comunicación en las universidades de Illinois en 1948 y Stanford en 1955-56, en los cuales se privilegió, por una parte el campo mismo sobre su productividad intelectual, y por otra la definición de políticas y aplicaciones sobre la reflexión y la teorización crítica. La síntesis de Peters es despiadada: "El afán del campo por sobrevivir ha sido el encarnizado enemigo del desarrollo teórico. Lo que sobrevive es un fruto de la ambición más que del sentido" (*ibid*: 538).

La segunda "fuente" está en los *usos de la teoría de la información*, que otra vez Wilbur Schramm identificó con los estudios de comunicación, siendo una innovación de la ingeniería eléctrica que, desde su publicación en 1948, fue diseminada a prácticamente todas las ciencias (físicas, biológicas y sociales), las artes, las humanidades y la filosofía.

La pandisciplinaria teoría de la información y la investigación de la comunicación institucionalizada tiraban en direcciones opuestas: la una, interesada en la teoría universal, la otra, en el territorio particular. Sin embargo, el joven campo no pudo sino aprovecharse del interés en la "comunicación" que despertó la teoría de la información. De pronto se encontró a sí mismo hablando en el mismo vocabulario informacional que todos los demás (...) Nadie cree más en *emisores y receptores, canales y mensajes, ruido y redundancia*, pero esos

términos han llegado a ser parte de la estructura básica del campo, en libros de texto, programas de cursos y revisiones de literatura (*ibid*: 540).

La auto-reflexión como *apologética institucional* es la tercera "fuente de pobreza intelectual" del campo de la comunicación señalada por Peters, por la cual la conservación del campo para estudiar fenómenos que la sociología, la psicología social o la antropología habían ya adoptado como propios y los habían abordado con sus propios métodos, tomó el lugar de la teoría, imposible de construir en términos de "comunicación masiva". De manera que

el campo que Schramm construyó consistió en las sobras de la investigación previa, apareadas con campos desposeídos como el periodismo académico, el drama o el habla [*speech*] (dependiendo de la universidad específica) (*ibid*: 544).

La inusitada crítica de Peters a Wilbur Schramm y su "herencia" (el campo de la investigación de la comunicación) apunta, más allá de la virulencia contra el "padre fundador", fallecido en 1988, a un factor centralmente importante, la *constitución teórica*, que reafirma en una respuesta a un crítico de su artículo:

El imperativo institucional de crear una disciplina particular en una época cuando los asuntos de comunicación eran prácticamente universales en la vida universitaria significó que las ideas de la teoría de la información tuvieran que ser distinguidas del campo en sí, para establecer el engramado propio. En suma, la teoría se usó casi exclusivamente para propósitos de legitimación y sus "ideas interesantes" fueron ignoradas. El destino de la teoría de la información es una lección sobre los compromisos que se hallan en el periodo formativo del campo: negociar alcance teórico por territorio académico. Durante el tiempo en que hubo amplia teorización interdisciplinaria sobre la comunicación, el campo se distinguió de esa teorización y se otorgó a sí mismo una designación institucional. El único uso que tuvo la teoría de la información en el campo fue el de un escudo de armas académico (Peters, 1988: 314-315).

La propuesta final de Peters es "dar sustancia, vía la teoría, a los conceptos centrales del campo", definir "lo comunicativo", y "propiciar una anarquía en los conceptos centrales, libre de toda intromisión institucional, e insistir en la vitalidad intelectual de tal anarquía. Todo vale, se diría, con

tal de que sea de alta calidad" (*ibid*: 316). Esta alusión a Feyerabend (1975) y su *anarquismo metodológico*, que advertía entre otras cosas que "la proliferación de teorías es beneficiosa para la ciencia, mientras que la uniformidad debilita su poder crítico", merece un análisis más detallado, especialmente en contraste con los afanes unificadores de la teoría de la información y sus implicaciones tanto epistemológicas como políticas (Martín Serrano, 1990), la historia de la investigación de la comunicación en América Latina, caracterizada más por su politización que por su rigor metodológico (Fuentes, 1992b), y la propia "crisis de paradigmas" de las ciencias sociales (Giddens y Turner, 1990).

En América Latina, la investigación de la comunicación puede entenderse como una larga serie de *retos*, de desafíos tanto internos (científicos, académicos), como sobre todo externos (socioculturales, políticos). La década de los ochenta, época de crisis en todos los ámbitos, aspectos y dimensiones de la vida, vio transcurrir para el campo una aglomeración de nuevas tensiones sobre las previamente irresueltas. En esa década, el colombiano Jesús Martín Barbero se fue convirtiendo en el "formulador de las cuestiones" y el impulsor del campo hacia la continua renovación crítica y una permanente reorientación en términos de la pertinencia social, y teórica, del trabajo académico en comunicación. Después de una serie larga de textos en que fue aproximándose a una síntesis nueva para los años noventa, Martín Barbero formuló un proyecto *transdisciplinario* para "pensar la sociedad desde la comunicación":

A mediados de los ochenta la configuración de los estudios de la comunicación muestra cambios de fondo. Que provienen no sólo ni principalmente de deslizamientos internos al propio campo sino de un movimiento general en las ciencias sociales. El cuestionamiento de la "razón instrumental" no atañe únicamente al modelo informacional sino que pone al descubierto lo que tenía de horizonte epistemológico y político del ideologismo marxista. De otro lado, la "cuestión transnacional" desbordará en los hechos y en la teoría la cuestión del imperialismo obligando a pensar una trama nueva de actores, de contradicciones y conflictos. Los desplazamientos con que se buscará rehacer conceptual y metodológicamente el campo de la comunicación vendrán del ámbito de los movimientos sociales y de las nuevas dinámicas culturales, abriendo así la investigación a las transformaciones de la experiencia social.

Se inicia entonces un nuevo modo de relación con y desde las disciplinas sociales no exento de recelos y malentendidos pero definido más que por recurrencias temáticas o préstamos metodológicos por *apropiaciones*: desde la comunicación se trabajan procesos y dimensiones que incorporan preguntas y saberes históricos, antropológicos, estéticos; al tiempo que la historia, la sociología, la antropología y la ciencia política se hacen cargo de los medios y los modos como operan las industrias culturales (...) Más decisivo, sin embargo, que la tematización explícita de procesos o aspectos de la comunicación en las disciplinas sociales es la superación de la tendencia a adscribir los estudios de comunicación a una disciplina y la conciencia creciente de su estatuto transdisciplinar (Martín Barbero, 1992: 29).

Esta "transdisciplinariedad" a que se refiere Martín Barbero es al mismo tiempo consecuencia de una serie de factores ("internos" y "externos") histórica y culturalmente acumulados sobre el campo, y "un lugar estratégico para el debate a la modernidad". Por ello,

Transdisciplinariedad en los estudios de comunicación no significa (...) la disolución de sus objetos en los de las disciplinas sociales sino la construcción de las articulaciones —mediaciones e intertextualidades— que hacen su especificidad. Esa que hoy ni la teoría de la información ni la semiótica, aun siendo disciplinas "fundantes" pueden pretender ya. (*ibid*: 29).

La "interpenetración" de los estudios culturales y la comunicación que Martín Barbero plantea en el contexto de la simultánea modernización de nuestros países y la crisis de la modernidad en los países centrales, implica la construcción de nuevas matrices teórico-metodológicas, algunos de cuyos elementos emergentes tratamos de documentar en seguida.

LA INVESTIGACIÓN SOCIOCULTURAL DE LA COMUNICACIÓN

Una larga y detallada revisión de las trayectorias que a partir de 1960 ha seguido el estudio de la comunicación en México y América Latina, permite señalar algunas de las líneas de trabajo sobre las cuales creemos que habrán de desarrollarse los avances más productivos en esta última década del siglo XX y que, a través de enfoques *socioculturales*, apuntan hacia la superación de las constricciones *disciplinarias* que lo han caracterizado.

En primer lugar, consideramos el entorno más general en que este campo de estudio habrá de concretar sus posibilidades. Los sistemas comunicativos e informativos y sus multidimensionales articulaciones con los sistemas económicos, políticos y culturales, tanto globales como nacionales y locales, han estado cambiando radical y aceleradamente en los años más recientes y sin duda lo seguirán haciendo. El campo de la comunicación, en este contexto, ha sido claramente rebasado, tanto en sus límites disciplina-rios que acaban haciéndose pedazos, como en cuanto a sus recursos académicos, que se muestran cada vez más precarios para dar cuenta de las transformaciones en curso. Las dos grandes temáticas que impulsan esta apertura al futuro/ruptura con el pasado, son la de la *globalización*, que exige consideraciones macrosociales, sobre todo económicas y políticas, y la de las *identidades*, que remite a enfoques microsociales, especialmente políticos y culturales. Desde ambos frentes, la comunicación ocupa un lugar central aunque no homogéneo: en la perspectiva "macro", dominada por la tecnología y su desarrollo, la comunicación es reducida a información; en la "micro", anclada en la vida cotidiana y su carácter simbólico, la comunicación se identifica con la significación. Más allá de los ocultamientos del saber inducidos por las corrientes "neoliberales" y "posmodernas", la conceptualización teórica y la práctica estratégica de la comunicación aparecen como el núcleo de uno de los desafíos prioritarios de las ciencias sociales en los noventa.

Hay que recalcar aquí que para el estudio de la comunicación en los países dependientes, los imperativos científico-epistemológicos y ético-políticos son dobles: no sólo es necesario entender lo proveniente de los países hegemónicos, sino también lo que, desde la base de nuestras propias identidades, media nuestra posición en el mundo. De ahí la importancia de afirmar y extender los criterios de *pertinencia social* del trabajo académico, que han sido una constante entre las preocupaciones de los investigadores latinoamericanos desde los trabajos pioneros de Mattelart, Pasquali, Verón, Beltrán y Freire. Pero también de ahí la importancia de afinar y extender los criterios de *rigor científico* que impidan caer nuevamente en los extremos discursivos ultraideologizados de los años setenta o en las sofisticadas metáforas hoy de moda. Algunas "pistas" para la "deconstrucción de la crítica y rediseño del mapa" orientador del campo, propuestas por Jesús Martín Barbero para "pensar la sociedad desde la comunicación", señalan uno de

los retos más sugerentes para el estudio universitario de la comunicación/cultura en América Latina:

Colocada en el centro de la reflexión filosófica, estética y sociológica sobre la crisis de la razón y la sociedad moderna, la problemática de la comunicación desborda hoy los linderos y los esquemas de nuestros planes de estudio y de nuestras investigaciones. El campo que hasta hace poco acotaban con nitidez las demarcaciones académicas ya no es más el campo de la comunicación. Nos guste o no, otros desde otras disciplinas y otras preocupaciones hacen ya parte de él. Necesitamos asumir el estallido y rediseñar el mapa de las preguntas y las líneas de trabajo. Pero al mismo tiempo la crisis económica y el desconcierto político hacen más fuerte que nunca la tentación involutiva en nuestros países (Martín Barbero, 1992).

Resistir esa tentación de "volver a los sesenta" simplificando nuestras herramientas de trabajo y conformándonos con una neutral y eficientista concepción instrumental de la comunicación, implica para los académicos latinoamericanos asumir el "estado de la cuestión" en el mundo y alcanzar el nivel de *competencia académica* requerido para seguir el paso de evolución del objeto de estudio, pero al mismo tiempo, hacerlo con prioridades extremadamente precisas y recursos mucho más limitados que en los países centrales, comenzando por el *tiempo* socialmente disponible. Conviene entonces rescatar la importancia de la reflexión epistemológica, "frente al auge de las corrientes neo-positivistas y a la fascinación por las herramientas tecnológicas que las acompañan", como han señalado los Mattelart (1987).

De esta manera, en medio de la llamada "crisis de los paradigmas" de las ciencias sociales, hacia las que se abre desde las humanidades el estudio de la comunicación, parece ser indispensable reestablecer la discusión teórica, pero desde una perspectiva epistémica y referencial más amplia que el ámbito específico de la teoría. Creemos que en América Latina ha comenzado a ser posible emprender la formulación sistemática del conocimiento y el instrumental científicos disponibles para dar cuenta de la realidad comunicacional que nos circunda y nos atraviesa, asumiendo al menos tres lecciones que las décadas pasadas nos han dejado: que la teoría de la comunicación no puede elaborarse unidisciplinariamente, sino desde el *espacio conceptual de la sociocultura*, en términos de totalidad histórica; que las herencias epistémicas positivistas, deductivistas y funcionalistas han de desmontarse

críticamente para dar paso a lógicas más complejas y pertinentes al objeto, la *acción intersubjetiva*; y que la producción de conocimiento y el conocimiento producido no pueden desarticularse, por lo que los modelos a construir deberán ser elaboraciones teórico-metodológicas *operables* y *confrontables* con las prácticas concretas.

De alguna manera, en términos de práctica científica, esta perspectiva está en consonancia con el análisis que Giddens y Turner hacen de *La Teoría Social Hoy*:

... a lo largo de las dos últimas décadas ha tenido lugar un cambio espectacular. Dentro de la filosofía de la ciencia natural, el dominio del empirismo lógico ha declinado ante los ataques de escritores tales como Kuhn, Toulmin, Lakatos y Hesse. En su lugar ha surgido una "nueva filosofía de la ciencia" que desecha muchos supuestos de los puntos de vista precedentes. Resumiendo decididamente esta nueva concepción, en ella se rechaza la idea de que pueda haber observaciones teóricamente neutrales; ya no se canonizan como ideal supremo de la investigación científica los sistemas de leyes conectadas en forma deductiva; pero lo más importante es que la ciencia se considera una empresa interpretativa, de modo que los problemas de significado, comunicación y traducción adquieren una relevancia inmediata para las teorías científicas. Estos desarrollos de la filosofía de la ciencia natural han influido inevitablemente en el pensamiento de la ciencia social, al tiempo que han acentuado el creciente desencanto respecto a las teorías dominantes en la "corriente principal" de la ciencia social. El resultado de tales cambios ha sido la proliferación de enfoques del pensamiento teórico (Giddens y Turner, 1990: 11).

Podría decirse que, por caminos más relacionados con la *necesidad histórica* que con la reflexión epistemológica, las ciencias sociales latinoamericanas se han adelantado a estos movimientos y que, en ese contexto, la difícil y nunca consolidada constitución disciplinaria del estudio de la comunicación, que tantas desventajas ha acarreado a sus practicantes, es precisamente la condición de posibilidad de su nuevo desarrollo dentro del proceso de establecimiento de una nueva síntesis para las ciencias sociales y las humanidades. No haber tenido nunca la posibilidad, en América Latina, de convertirse en una "ciencia normal" como diría Kuhn, es decir, de haber basado su desarrollo en torno a uno o varios "paradigmas", es lo que ahora proporciona la "movilidad necesaria para seguir persiguiendo su objeto y generando socialmente sentido sobre la producción social de sentido.

En síntesis, reconociendo que la producción de conocimiento sobre la comunicación es en sí misma una práctica sociocultural y comunicacional determinada histórica y estructuralmente, la discusión teórica debe integrar a los investigadores comprometidos con el objeto comunicación, independientemente de sus adscripciones disciplinarias, así como las metodologías de la investigación de la comunicación integran conceptos e instrumentos desarrollados en otros sectores de la ciencia social. De esta manera, creemos que el campo de la comunicación, desde la teoría, debe construirse al mismo tiempo como un enfoque con identidad específica y abierto a los intercambios con otros enfoques sobre la sociedad y la cultura.

Desde consideraciones como estas, la comunicación como objeto de estudio puede ir siendo redefinida, en sus términos más generales, como las relaciones, establecidas e investigadas a través de sus múltiples mediaciones, entre *producción de sentido e identidad* de los sujetos en las *prácticas socioculturales* más diversas. Suponemos que una definición como esta, cuyos correlatos de investigación empírica comienzan a convertirse en los más influyentes del trabajo más reciente en el campo, rompe tanto con el reduccionismo "comunicacionista" que se ha centrado en el análisis de los llamados todavía "medios masivos", como con los enfoques lineales y unidimensionales de la operación comunicativa, heredados del paradigma informacional o los que consideran el sentido inmanente a los "mensajes".

La posibilidad de que la investigación de la comunicación aproveche las "coyunturas" epistemológicas y metodológicas que la "crisis de los paradigmas" en las ciencias sociales ha abierto, encuentra los espacios más promisorios en donde la institucionalización disciplinaria ha sido más débil y donde, a pesar de las desfavorables condiciones que eso supone, ha conservado el impulso crítico y utópico que ha caracterizado a este campo precisamente en América Latina. Si de este movimiento "estratégico" pueden extraerse contribuciones significativas para la rearticulación necesaria de los saberes científico-sociales y humanísticos en el sentido de la "post-disciplinarietà" aquí sugerida, quedará auto-referencialmente "verificada" la pretensión de reconocer como pertinente el carácter socioculturalmente determinado de la producción en común de sentido.